

siempre obsesionado por el sexo, pero que, llegado el momento, no puede cumplir o no sabe. O la de esos chicos y chicas que en "Sábado sabadete" están pensando en el polvete que no llega nunca, pero que no cesa de estar presente en sus pensamientos. A veces se vuelve cronista de sucesos, Nazario, y es de un realismo espeluznante y triste; otras, entra en el plano de la historieta y nos cuenta la vida sexual del Guerrero del Antifaz, explicándonos qué es lo que tan insigne caballero tenía verdaderamente en contra de los moros. Pero lo que une a toda estas tristes historias de morbo y represión es la argamasa del esmegma, de pene mal lavado y poco contento de sí.

Nazario es una de las pocas estrellas rutilantes del tebeo subterráneo en España, producto genuinamente español. Andalúz, travesti a sus horas, escandaloso por necesidad y dibujante por vocación. Desde luego, puede decirse que en la línea estilística de sus dibujos ha influido mucho Robert Crumb y la parte más dura de los "comix underground" americanos. Pero yo creo que ha influido más todavía la estética de las fallas valencianas, de la romería del Rocío, de las páginas de "El Caso"... lo que ocurre es que tenemos tendencia a encasillar, a entender la creación artística como una historia lineal, donde todo tiene su nombre y su apellido, donde todo depende de algo referente a la misma historia. No nos engañemos: la represión que cuenta Nazario no tiene nada que ver con la que cuenta Crumb. Nuestro "Morbo Encerrado" es medieval, católico e inquisidor, mientras que el de Crumb está bien alimentado de cereales y televisión, aparece con el "Mayflower" y se manifiesta de manera distinta.

Y, desde luego, hay que decir que —a pesar de las insinuaciones de Terenci Moix en el prólogo del álbum— Barcelona, hoy, no se parece a Hollywood-Babilonia, ni a Nueva York-Lou-Reed. Que la Barcelona de hoy es un lugar poblado de tristes ocañas sin maquillajes, que sus travestis sólo conocen la depilación dolorosísima a la cera, sin costosos y sofisticados aparatos electrónicos, y que no es lo mismo follar en un descampado que en el Waldorf Astoria.

Acabaré citando las palabras de las princesitas que persiguen al "Morbo Encerrado", en la his-

torista que da título a esta reseña, cuando el Morbo se les escapa tirándose por la ventana:

"¡Qué pena, era tan bonito! Parecía un pájaro grande, graaande".

"¡Qué miedo! Era como una serpiente de fuego".

"Era un morbo gordísimo...".

■ E. HARO IBARS.

CINE

"Al servicio de la mujer española"

Presentada fuera de concurso en el último Festival de San Sebastián, la película de Jaime de Armiñán parte de una idea más ambiciosa que algunas de sus anteriores, aunque justo es señalar que los argumentos de Jaime de Armiñán son todos originales, interesantes y ambiciosos. A través de ellos, el autor desvela algunas de las características de la represión española. A su manera, va haciendo una crónica del franquismo, aunque en sus películas no haya —en primera instancia, al menos— un componente político. A Jaime de Armiñán le basta observar a su alrededor, coger a un personaje cualquiera de los que pasan por la calle y colocarlo en una situación que rompa su monotonía. Eso era "Jo, papá", eso era "El amor del capitán Brando" y eso era también, aunque en términos de película extraordinaria, "Mi querida señorita".

"Al servicio de la mujer española" es de nuevo ese juego. Nada más cotidiano en nuestro país que los consultorios radiofónicos donde se van lavando los cerebros de los radioyentes para introducirles, sistemáticamente, la necesidad del conservadurismo y la represión. Tan cotidianos y tan inevitables que pocos intelectuales les han prestado atención. Son como un mal consagrado que sólo produce la risa o el desprecio. Armiñán, en cambio, confecciona alrededor de uno de ellos la historia de una toma de conciencia, de una venganza, de una crisis: uno de los oyentes de ese programa decide vengarse de la responsable del



"Al servicio de la mujer española", de Jaime de Armiñán.

mismo, turbar su seguridad, enfrentarla a un nuevo mundo, a unos valores distintos. Y lo consigue: tras el encuentro, el amor y el desengaño, la locutora responsable de aquel engendro radiofónico entenderá la vida de otra forma, saldrá de su pequeño agujero y verá cosas que hasta entonces sus anteojeas le impedían ver.

A mí me parece, sin embargo, que ese primer esquema argumental no ha sido enriquecido luego en el guión, ni mucho menos en la realización de la película. El tono semipoético y tierno con que Armiñán adorna su trabajo ha impedido en este caso resaltar la crueldad que la historia en sí misma encierra. Y le ha conducido, creo yo, por una cierta comodidad en la invención que se transforma, paradójicamente, en resultados que rozan lo inverosímil. Es curioso que el respeto a su propio estilo haya traicionado esta historia. Porque parece lógico pensar que la excepcionalidad de las situaciones dramáticas inventadas por Armiñán tuvieran en su traducción en imágenes una correspondencia igualmente única. Al no ser así, surge la inverosimilitud. Y el riesgo de que "Al servicio de la mujer española" sea como un salto en el vacío que sólo conecta con la realidad cuando se prescinde de las imágenes propias de la película para reflexionar sobre las intenciones de su argumento. Situación creada por esa fidelidad de Armiñán respecto a sí mismo. Sólo de esa manera puedo entender, por ejemplo, la supresión de la secuencia cumbre de la película —el encuentro sexual entre los protagonistas— cuando, anteriormente, se han

venido explicando con excesiva minuciosidad aspectos menos fundamentales de la historia.

"Al servicio de la mujer española" es una película honrada en la que ha fallado el tono de su estilo narrativo, que se prolonga, lógicamente, en el trabajo de los actores. A pesar de lo cual, Amparo Baró, Marilina Ross y Adolfo Marsillach —por este orden— hacen un trabajo ilusionado e inteligente. ■ DIEGO GALAN.

"Convoy"

Lo que ha pasado con Sam Peckinpah no es más que el resultado de una decepción. El mismo ha comenzado por desanimarse ante las dificultades que el Hollywood de hoy reserva para los clásicos; un mecanismo de producción sujeto a la competencia y al éxito. Antes había géneros que continuaban ejerciéndose, aunque no todas las películas que se hicieran fueran éxitos de taquilla; antes, los directores firmaban contratos por temporadas y tenían una continuidad laboral asegurada. Ahora, cada película es una aventura única y sólo cuenta para la posibilidad de hacerse con los ingresos en taquilla del título anterior de su director. Si Sam Peckinpah narraba en sus primeras películas la situación de esos viejos héroes del Oeste que habían perdido su época y su lugar natural de acción, parece claro que él mismo es uno de esos protagonistas, que su situación de cineasta es comparable a la de los perdidos románticos que presentaba.

La necesidad de la supervivencia, el cansancio o —lo que sería peor— el agotamiento de un talento que se prometía interminable han conducido a Peckinpah por los caminos de un cine más trillado, de una repetición constante de las claves de su particular estilo convertidas ya en "tics" o en manías. Esporádicamente ha surgido algún título importante —"Quiero la cabeza de Alfredo García"—, pero lo normal en las últimas películas de Peckinpah es que carezcan de capacidad de sorpresa, que estén vistas antes de acercarse al cine. Algo de esto le ocurre a "Convoy", aunque rápidamente hay que señalar que no se parece a "Aristócratas del crimen" o "La Cruz de Hierro", por ejemplo. Aquí, Peckinpah retoma algunas de sus características esenciales, redescubre al héroe-antihéroe perdido en una lucha